



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
Y SOCIALES

**Análisis ecológico del consumo de alcohol
adolescente como forma de pseudoindividuación.**

Autora: Paula Moreno Domingo

Directora: María Arantzazu Yubero Fernández

Madrid

2022/2023

Contenido

Resumen	3
Abstract.....	3
Introducción	4
El consumo durante el proceso de individuación	6
Análisis ecológico.....	7
Macrosistema	7
Exosistema	9
Microsistema.....	11
Mesosistema.....	15
Persona.....	16
Discusión	18
Conclusión	20
Bibliografía.....	22

Resumen

La ingesta de alcohol durante la adolescencia es un hábito cada vez más frecuente. Debido a las características y vulnerabilidad de este período, se pretende estudiar la relación del consumo con el logro exitoso de la tarea de individuación, que consiste en satisfacer las necesidades de autonomía y pertenencia. Se realiza un análisis ecológico de los distintos factores de riesgo y protección. Resalta el impacto perjudicial de la sociedad individualista y alcoholizante, el modelaje del exo y microsistema, el conflicto y desvinculación familiar, las creencias sobre el alcohol y la baja autoestima. Se da una pseudoindividuación cuando el adolescente únicamente satisface la pertenencia con el grupo y la autonomía con la familia.

Palabras clave: adolescencia, individuación, consumo de alcohol, análisis ecológico, pseudoindividuación, consumo, autonomía, pertenencia.

Abstract

Alcohol consumption during adolescence is becoming a common issue. Due to adolescents' characteristics and vulnerabilities, this study tries to comprehend the relationship between drinking and a successfully individualization, which satisfies both the need for autonomy and for belonging. Through an ecological analysis, this study examines the risk and protection factors. A society that promotes individualism and alcohol consumption, the modeling present in the exo and microsystem, family conflict and lack of attachment, alcohol beliefs and low self-esteem are all detrimental to the development of the adolescent. Pseudoindividualization is achieved if they divide both needs, satisfying just the autonomy with their family and belonging with their peers.

Key words: adolescence, individuation, alcohol consumption, ecological analysis, pseudoindividuation, autonomy, belonging.

Introducción

La adolescencia es un momento crítico para el desarrollo de la persona. Las situaciones de cambio a las que tiene que hacer frente el adolescente implican una mayor vulnerabilidad, especialmente a las presiones externas (Noh-Moo et al., 2021).

Esto se traduce en una mayor probabilidad de empezar y mantener el consumo de sustancias alcohólicas, especialmente si alguien en su entorno, como su mejor amigo (Espada Sánchez et al., 2008) o su padre (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001), consume.

Según el DSM-V, las cualidades del diagnóstico del Trastorno por Consumo de Alcohol pueden resumirse en: fuertes deseos de consumir y fallos en sus intentos de no hacerlo, dificultades en sus relaciones personales causadas por sus hábitos de consumo, continuar pese a los riesgos que supone para su integridad y presencia de la tolerancia y del síndrome de abstinencia (APA, 2014).

Actualmente, la tasa de consumo de alcohol de adolescentes en España es alarmantemente elevada, en parte debido a la normalización del consumo, el acceso a la sustancia y la baja percepción del riesgo que supone su ingesta. En 2019, más de tres cuartos de los estudiantes españoles declaraban haber consumido alcohol (la mitad en el último mes), y tan solo el 5% manifestaba haber tenido dificultades para obtener bebidas alcohólicas (OEDA, 2021).

Un consumo tan pronunciado durante esta etapa esencial para el desarrollo presenta mayores riesgos para el crecimiento de la persona que si se diese más adelante (aunque seguiría siendo perjudicial para la salud individual y pública). Los efectos biológicos y fisiológicos que tiene sobre el cerebro impiden el buen desarrollo del córtex prefrontal, por lo que entorpece los procesos de maduración y las funciones ejecutivas, tales como la toma de decisiones o el control de la impulsividad (da Silva Tabuyo y Martí del Moral, 2021).

Todo ello, junto a los factores de protección o de riesgo con los que cuente cada individuo y cada entorno, podrá afectar a la correcta superación de la tarea propia de esta etapa: la individuación (Nicholls, 2011).

Este trabajo pretende revisar los factores que influyen en el consumo adolescente y el proceso de individuación para descubrir si es posible que se dé una falsa individuación (pseudoindividuaación) a través del consumo. Para comprender esta

problemática desde una visión más global, se empleará el Modelo Ecológico de Bronfenbrenner (Bronfenbrenner, 1987; Perry et al. 1993).

Este modelo estudia el desarrollo individual en función de cuatro sistemas más extensos: microsistema, mesosistema, exosistema y macrosistema (Figura 1). El microsistema está constituido por los grupos que tienen relación directa con el individuo, en este caso la familia y el grupo de pares. El exosistema lo forman los grupos con una influencia más indirecta, como el barrio o la familia extensa. El macrosistema es el contexto cultural y social en el que se encuentran tanto la persona como el resto de sistemas que lo influyen, entrarían los valores, los medios de comunicación, la economía y las leyes, entre otros. Finalmente, el mesosistema es la interacción entre estas estructuras, la relación que existe entre micro, exo y macrosistemas (Bronfenbrenner 1987; El Zaatari y Maalouf, 2022). Este análisis permite adquirir un conocimiento más amplio de la problemática, para poder plantear las intervenciones desde un nivel diferente al sistema en el que se presenta el conflicto. Al ser el consumo adolescente un problema generalizado, un estudio ecológico permitirá encontrar diferentes cuestiones a tratar.

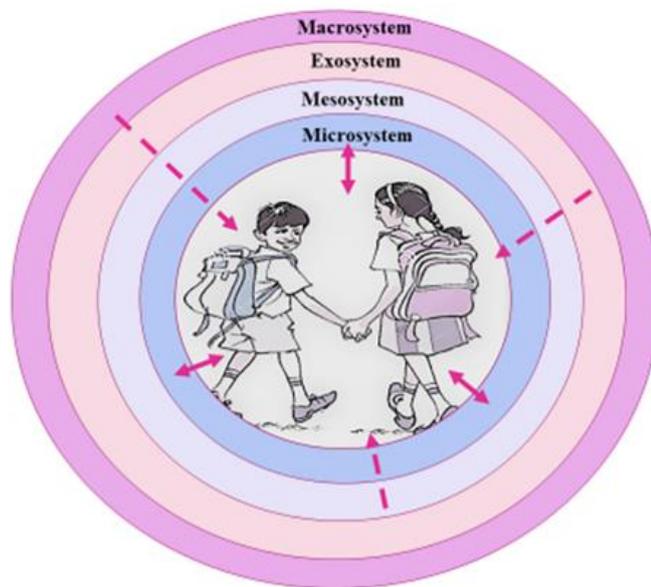


Figura 1. Modelo ecológico del desarrollo humano (El Zaatari y Maalouf, 2022).

El consumo durante el proceso de individuación

Las alteraciones en el proceso madurativo neurológico y social pueden presentar un riesgo en la esfera individual y social (da Silva Tabuyo y Martí del Moral, 2021), aumentando la probabilidad de incurrir en hábitos no saludables como el alcohol (Armendáriz-García et al., 2018).

Del mismo modo, el alcohol repercute sobre la esfera individual y social del adolescente, siendo el consumidor más propenso a las agresiones físicas (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010), además de tener efectos biológicos en el cerebro, como menor número de conexiones neuronales eficientes (da Silva Tabuyo y Martí del Moral, 2021).

Los adolescentes presentan diferentes formas de consumo en función del uso que le den al alcohol, las razones por las que consuman, su forma de ser y las características de su entorno. Debido a esto, no se puede afirmar que haya una causa única de la que derive el problema, sino que se debe a la interacción de distintos factores (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010) y, aun así, resulta complicado separar las causas y consecuencias debido a su estrecha interacción (Alfonso et al., 2009). Pero, en todos los casos, el alcohol se vuelve el centro de la vida del adolescente, reduciendo las relaciones y actividades ajenas al consumo, así como impidiendo la creación de la identidad. Se crea un falso self que suplente las necesidades relacionadas con el consumo (González Guerras, 2020). A esta forma de separarse de las relaciones y vincularse a la sustancia es a lo que se refiere el término *pseudoindividuación*.

La individuación o autonomía se presenta a tres niveles: cognitivo, conductual y emocional. La autonomía emocional, relacionada con abandonar la necesidad de apoyo afectivo familiar, se ha visto relacionada con mayores conflictos familiares y dificultades psicológicas (como una baja satisfacción vital o problemas en la creación de la identidad), especialmente en mujeres. Una elevada presencia de esta autonomía puede deberse a un entorno familiar no cohesionado, en el que no se presenta este tipo de apoyo, por lo que se amplifica la independencia emocional, relacionada con un apego inseguro, para evitar el rechazo. Se puede llegar al consumo por el alto conformismo que presentarán con el grupo de iguales en la búsqueda de apoyo afectivo (Oliva y Parra, 2001). En este trabajo se irán analizando las variables que pueden llevar a este suceso.

El desarrollo del yo está muy influenciado por la capacidad de mentalizar, que se va adquiriendo desde la infancia y permite predecir el comportamiento de los demás en función de cómo piensa el individuo que estos se sienten. También depende del apego, que contiene las concepciones de uno mismo y de los otros, pudiendo ser estas positivas o negativas (Crespo Linares et al., 2014).

El objetivo de la adolescencia sería mantener un equilibrio entre la autonomía y la vinculación (Oliva y Parra, 2001), superando así la tarea de individuación. Debe superar este reto para poder afrontar de forma correcta las tareas evolutivas de etapas posteriores (Nicholls, 2011).

Análisis ecológico

Se va a analizar el consumo adolescente desde una mirada más amplia, hasta una cada vez más cercana, empezando por el macrosistema y terminando en el individuo. Se atenderá tanto a la individuación, el consumo y sus repercusiones, como a los factores de riesgo y protección de cada sistema, dando especial atención al microsistema, pues es el entorno en el que se dan más directamente los procesos de individuación.

Macrosistema

Como se ha mencionado al principio, mucha de la sociedad española gira en torno al alcohol (celebraciones, negocios, producción, etc.), por lo que es común consumir antes de cumplir la mayoría de edad. La cultura, en esta etapa del ciclo vital, da gran importancia al ocio y a la recreación, llevando a una búsqueda incesante de estimulación en los tiempos libres (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010). Esta actitud ante el alcohol tan permisiva y la presencia tan central del alcohol en todos los eventos sociales, resulta en un mayor consumo en la población general (Pons y Buelga, 2011).

España es de los países más consumidores de Europa, llegando a presentar una cultura de la intoxicación (Romo-Avilés et al., 2020). Un mayor porcentaje de sus ciudadanos han reportado haber pasado una borrachera en el mes previo a la encuesta; y casi un quinto de la población presenta un consumo mayor al recomendado (OEDA, 2021).

Se está presenciando en España un incremento en el consumo excesivo (*binge drinking*) de las mujeres jóvenes sobre el de los hombres, que en parte puede deberse a la reversión de los roles de género (Martínez-Manrique et al., 2022; OEDA, 2021; Romo-Avilés et al., 2020). Esto no evita que se mantenga aún el estigma de estos roles, dándole mayor permisividad al consumo abusivo de los hombres (Martínez-Manrique et al., 2022; Romo-Avilés et al., 2020; Rueda Aguilar y Monreal Gimeno, 2012). Se conserva la idea del alcohol como muestra de masculinidad (Suárez et al., 2013).

Los valores sociales tienen gran influencia sobre la conducta y la respuesta que da el entorno al consumo de menores de edad, predominando la permisividad y la búsqueda de diversión (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010). Al igual que los valores, las normas culturales afectan al consumo (Sánchez-Hervás et al., 2002). La publicidad, por ejemplo, ejerce mucha influencia sobre la conducta de beber alcohol (Pérez Pedraza et al., 2021); mayor facilidad para ver este tipo de contenido (March Cerdá et al., 2014; Suárez).

La publicidad logra atraer al consumidor mostrando al alcohol como algo divertido, atractivo, liberador y que otorga deseabilidad social, valores imprescindibles para la mayoría de los adolescentes (March Cerdá et al., 2014; Pons y Buelga, 2011), evitando los efectos adversos de su ingesta (Suárez et al., 2013) y otra información relevante como su graduación (March Cerdá et al., 2014). Parte de estos efectos publicitarios se ha intentado neutralizar con campañas de prevención. Pero no solo tienen poco éxito, sino que pueden llegar a ser contraproducentes, es decir, aumentar el consumo adolescente (Suárez et al., 2013).

Esta influencia no se da solo en la publicidad, sino también en otros medios de comunicación como las películas. Todos ellos muestran diferentes modos de vivir que sirven de inspiración al adolescente para modificar su forma de ser y le generan expectativas irreales sobre el alcohol (Pons y Buelga, 2011; Suárez et al., 2013). A medida que avanza el tiempo y las tecnologías (plataformas *streaming*, Youtube, etc.), la exposición a estos anuncios y programas no hace más que aumentar, pues los adolescentes tienen cada vez mayor facilidad para ver este tipo de contenido (March Cerdá et al., 2014; Suárez et al., 2013).

El avance de las tecnologías también ha dado paso a la tendencia de mostrarse altamente embriagado en redes sociales, siendo este estado algo deseable y, en muchas

ocasiones, el único objetivo de la ingesta (Romo-Avilés et al., 2020). El uso de redes sociales sirve tanto para mostrarse al mundo como para recibir información y retroalimentación. Los mismos procesos de estilos de vida y aspiraciones presentes en series y *realities*, se muestran también en las redes, tanto con los pares como con los famosos e *influencers*.

La situación actual global tan individualista, supone una dificultad a la hora de tolerar la frustración y retrasar la gratificación (González Guerras, 2020). Se refleja de forma clara en la manera de consumir actual, donde predomina el *binge drinking*, es decir, la ingesta de grandes cantidades de alcohol en poco tiempo y de manera repetida a lo largo del mes (OEDA, 2021). Además, al disminuir las relaciones sociales de los individuos, se destruye parte de la identidad de las personas, pudiendo provocar que busquen reponerla con muletas externas tales como las drogas (Ovejero Bernal, 2000). Esta mezcla de soledad y hedonismo no hace más que potenciar la normalización y la ingesta abusiva de alcohol (Pons y Buelga, 2011).

Se puede decir que en la sociedad actual no se satisfacen las necesidades de los individuos de forma sana y anticipada, por lo que estos deben encontrar formas de suplir esta desprotección (Ciancaglini, 2019).

Exosistema

COLEGIO

El modelaje de los compañeros es un predictor del riesgo de consumo (Ennet et al., 2008). El adolescente tenderá a imitar la conducta de sus iguales para sentirse incluido entre ellos. No sentirse parte del sistema escolar también presenta un factor de riesgo al no cuidar las necesidades de desarrollo y potenciar las conductas delictivas (El Zaatari y Maalouf, 2022). La exclusión causa serias repercusiones físicas, emocionales, cognitivas y conductuales. Se pueden destacar la reducción de la autoestima, de la autorregulación y conducta inteligente, el aplanamiento emocional, el aumento de la agresividad, y especialmente relevante en este caso, el aumento de la participación en actividades dañinas para su salud, como beber alcohol (Magallares Sanjuan, 2011).

Los adolescentes no consumidores presentan actitudes más positivas hacia el colegio (Schmidt et al., 2004), mientras que los bebedores suelen presentar algún tipo de

fracaso escolar (Pérez Pedraza et al., 2021). Y el abandono escolar está muy vinculado con el consumo de alcohol y drogas (Ovejero Bernal, 2000). El bajo rendimiento y los problemas escolares puede ser tanto consecuencia como resultado de la conducta (Noh-Moo et al., 2021).

Desde el colegio también desarrollan su conducta moral y encuentran figuras de referencia, pudiendo ambas refrenar la tendencia hacia la ingesta de alcohol (El Zaatari y Maalouf, 2022).

Si presenta una buena integración escolar, las probabilidades de comenzar a beber se reducen significativamente (Ovejero Bernal, 2000). Por el contrario, un clima escolar que no produzca una sensación de pertenencia potenciará la probabilidad de inicio en el consumo de alcohol. La relación con el profesor es el factor que más influye sobre la pertenencia (El Zaatari y Maalouf, 2022).

FAMILIA EXTENSA

La forma en la que las generaciones anteriores se comportaron con sus hijos afecta a cómo ellos se portarán con los suyos. Puede transmitirse generacionalmente una pauta de comportamiento que influya sobre la conducta de beber alcohol, sobre todo aquellas que anulan la singularidad del hijo (González Guerras, 2020).

Los adolescentes con familias consumidoras tienen mayor probabilidad de repetir el comportamiento (Srivastava et al., 2021), por lo que es posible que entren en juego dinámicas de modelaje y de promoción del consumo, sobre todo si participan activamente en la cultura del alcohol. Además, haber presenciado desde edades muy tempranas un consumo habitual, hace que el adolescente normalice esta conducta y le otorgue un significado de diversión y actividad grupal (Pons y Buelga, 2011).

BARRIO

La influencia social puede afectar a los comportamientos, valores y creencias de los individuos (Aronson y Escohotado, 2000), siendo razonable deducir que afectará también a la conducta de beber (Pérez Pedraza et al., 2021). Es decir, la exposición al

consumo dentro del barrio al que pertenece la persona aumenta la probabilidad de consumir alcohol entre los adolescentes (Srivastava et al., 2021)

En los barrios más empobrecidos, será más habitual la desestabilidad emocional, siendo los adolescentes que los habitan más propicios a consumir y desarrollar una adicción (Ciancaglini, 2019).

A más disponibilidad de la bebida, más aumenta el consumo. Esto implica tanto a las tiendas como a las tradiciones de la zona (Pons y Buelga, 2011). Actualmente, los adolescentes apenas tienen problemas para encontrar suministro (OEDA, 2021), ya sea dentro o fuera de sus hogares, y tampoco presencia demasiada oposición a que consuman, especialmente si no molestan al vecindario (Pons y Buelga, 2011).

Microsistema

En este sistema se encuentran la familia y el grupo de amigos.

Se seguirá viendo como el adolescente, con dos necesidades principales, la pertenencia y la autonomía, podrá disociarlas para satisfacer la de pertenencia con el grupo y la de individuación con la familia (Nicholls, 2011). Si el grupo es consumidor, podría acabar entrando en una relación simbiótica con el alcohol que diese respuesta en su totalidad a la necesidad de pertenencia, dejando así de necesitar al grupo de iguales.

FAMILIA

El entorno familiar es la variable más significativa a la hora de estudiar el uso de alcohol adolescente (Ennet et al., 2008). Se trata del núcleo en el que el niño ha realizado toda su existencia y del que ahora debe irse alejando para encontrar su propia identidad (Nicholls, 2011).

La teoría del aprendizaje social da especial importancia a la interacción y el refuerzo de modelos, personas que consumen y a las que podemos imitar, en la adquisición del hábito del consumo (Ennet et al., 2008). Este efecto es mayor si se identifica con el que realiza la acción o cree que realizándola conseguirá que este le acepte (Aronson y Escohotado, 2000). Esto es tan relevante en la familia como en el grupo.

El modelado tiene gran importancia en el consumo del adolescente, sobre todo en lo referido a la frecuencia e intensidad del consumo (Espada Sánchez et al., 2008). Lo que los miembros de la familia piensan, a qué le ponen importancia y las costumbres que tienen respecto al alcohol afectan al posible consumo del adolescente (Alfonso et al., 2009). Se ha visto que el consumo dependiente del padre, pero no de la madre o hermanos, se relaciona con una mayor percepción del riesgo de beber alcohol, como su efecto sobre la actividad física (Espada Sánchez et al., 2008). Por lo tanto, el mayor predictor dentro del modelaje familiar es el consumo del padre (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001). Existe una gran relación entre el consumo de alcohol paterno y la repetición de esta conducta en el adolescente (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001). Respecto a los hermanos, que estos consuman facilita una actitud pro-droga, que incita al consumo de alcohol y de otras sustancias (Espada Sánchez et al., 2008), pero no influyen sobre la forma de beber del adolescente (Alfonso et al., 2009). La presencia de una adicción en uno de los hijos de la familia hace que los padres dividan entre hijo bueno, que no consume, e hijo malo, que sí lo hace (Gracia Pastor et al., s.f.).

La comunicación familiar juega un gran papel, pues se relaciona negativamente con el consumo y positivamente con la expresión de ideas y sentimientos, que ayudan a que el adolescente se sienta valorado y escuchado (Armendáriz-García et al., 2018). La comunicación se relaciona con la vinculación familiar, que se lleva formando desde la infancia de los hijos (Crespo Linares et al., 2014). Por lo tanto, la comunicación familiar aporta recursos al joven para afrontar los problemas, sin necesidad de recurrir a conductas de riesgo. Se ha evidenciado que los hijos tienden a percibir un menor grado de comunicación familiar que los padres debido a las dificultades de expresión y relación características de la adolescencia (Armendáriz-García et al., 2018).

Si las relaciones familiares son deficitarias y existe una ausencia de apoyo, todo ello relacionado con la autonomía emocional mencionada al comienzo del trabajo, el adolescente tendrá mayores dificultades para individualizarse y lograr su identidad de forma sana y positiva, pues carecerán de un entorno seguro que se lo permita (Oliva y Parra, 2001).

Según la teoría del control social, todos los individuos tienen la tendencia innata a saltarse las reglas, pero se mantiene bajo control en la medida en la que las relaciones con otros individuos no se vean debilitadas, como puede suceder si falta supervisión o vinculación familiar (Ennet et al., 2008). La falta de vinculación emocional familiar afecta

más intensamente a las adolescentes que a los adolescentes, pues viven la ausencia con mayor dolor e insatisfacción vital (Oliva y Parra, 2001).

Por lo tanto, un núcleo familiar en el que predomina el consumo y el conflicto (entre padres o entre padres e hijos) aumenta la probabilidad de que el adolescente comience a consumir (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001). Las familias rotas o reconstituidas presentan mayor índice de disputas y problemas familiares, por lo que el consumo adolescente tiende a ser mayor en estos contextos. Vivir con ambos padres biológicos y tener un ambiente familiar cohesionado serían factores de protección contra el consumo adolescente (Pourmovahed et al., 2021).

Asimismo, las reglas familiares cumplen también la función de marcar los límites entre el subsistema paterno y el subsistema filial, que, si se mantienen bien delimitados, pero no excesivamente estrictos, regulan al hijo y a su conducta hasta que él solo pueda autorregularse (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001; Nicholls, 2011). Al ser el estilo democrático el que consensua las normas, los adolescentes que vengan de familias con este estilo parental beberán menos alcohol que los que vengan de familias con estilos autoritarios, permisivos o negligentes, donde las normas y límites son más estrictos, difusos o inexistentes, respectivamente (Alfonso et al., 2009).

Otros factores de riesgo en la estructura familiar serían el divorcio de los padres, la edad del adolescente cuando se produce el divorcio (Ovejero Bernal, 2000), la pérdida de uno de los padres, vivir con otro familiar que no sean los progenitores y una mala supervisión de los padres (Pourmovahed et al., 2021), todos ellos tendrán repercusiones en la vinculación familiar y el ejercicio de la autoridad parental. La situación familiar sentimental y económica, repercute sobre la estabilidad emocional de los adolescentes (Ciancaglini, 2019). Una clase social baja también se relaciona con una falta de vinculación familiar y problemas de adaptación, especialmente en las familias desligadas (Ovejero Bernal, 2000).

La supervisión que ejerzan los padres sobre los adolescentes, así como el nivel y calidad de la vinculación familiar, atenúan los efectos que puede producir el modelaje, pero, si existe alto conflicto y estrés en la familia, estos efectos se amplifican (Ennet et al., 2008). La supervisión juega a su vez un papel fundamental en la satisfacción de la necesidad emocional, si resulta insuficiente, el adolescente buscará este apoyo en un

grupo de iguales (Pourmovahed et al., 2021), lo que puede llevar a encontrar un grupo consumidor en el que deberá integrarse.

Mientras que las normas contra las drogas ilegales se relacionan positivamente con el consumo de alcohol y tabaco (posiblemente porque en comparación parecen menos peligrosas), el establecimiento de normas familiares contra el alcohol y el tabaco, así como un fuerte vínculo afectivo con la familia, ayuda a que no se presente este comportamiento (Muñoz-Rivas y Graña López, 2001).

Desde un punto de vista sistémico, se entiende la adicción como un problema que se vuelve el centro de la vida familiar, cumpliendo la función de desviar la atención de los miembros del resto de problemas para poder esconderlos (Gracia Pastor et al., s.f.; Marcos Sierra & Garrido Fernández, 2009). Se da sobre todo en padres sobreprotectores, siendo los otros estilos parentales más habituales en familias con adictos autoritario o negligente (González Guerras, 2020).

La adicción, al aparecer durante la adolescencia, indica un problema para superar la crisis de ese momento evolutivo familiar, la individuación de los hijos (Gracia Pastor et al., s.f.). En estos casos, la adicción sirve como forma de adaptación a las demandas y necesidades de la familia (Nicholls, 2011). En las familias caracterizadas por un estilo caótico de transición entre etapas del ciclo vital, será más habitual que uno de los adolescentes comience un consumo abusivo (Gracia Pastor et al., s.f.).

GRUPO

Por lo general, pertenecer a un grupo consumidor, y sobre todo tener a un mejor amigo que consuma, es considerado un factor de riesgo (Espada Sánchez et al., 2008), aunque algunas investigaciones han encontrado que el modelado de un uso indebido del alcohol correlaciona negativamente con el mismo tipo de uso en el adolescente (Ennet et al., 2008). Este estudio encuentra que, ante mayor regulación y estrés dentro del grupo, mayor probabilidad hay de que el adolescente consuma si su grupo lo hace.

La identificación en el grupo reduce la percepción de riesgo, aumenta la frecuencia e intensidad de consumo, induce a una actitud positiva frente al alcohol y crea sesgos de falso consenso y de falsa unicidad (Espada Sánchez et al., 2008). La identidad que está buscando se ve afectada tanto por el grupo de pertenencia como por el grupo al

que le gustaría pertenecer (Ovejero Bernal, 2000), pudiendo adoptar rasgos de pares con los que tiene menor relación.

Se ha observado que si la razón que lleva a la persona a beber es la obtención de beneficios sociales (estar menos inhibido, relacionarse con mayor facilidad, sentirse más aceptados por el grupo etc.), es más probable que está presente un consumo problemático (Ovejero Bernal, 2000; Ramírez et al., 2017). El adolescente que no sienta que pertenece a su propia familia, buscará un grupo de iguales con experiencias similares. Una vez en el grupo, por miedo a ser rechazado, no hará nada por diferenciarse, recayendo esta necesidad sobre el núcleo familiar (Nicholls, 2011). Por un lado, al sentirse apreciado, cosa que puede no suceder con su familia, apreciará más al grupo y además reparará parte de su autoestima dañada (Ovejero Bernal, 2000). Por otro lado, estará en una posición de sumisión con respecto al grupo, quiere obtener su estima y evitar el rechazo (Aronson y Escohotado, 2000).

Muchos grupos tienen el consumo integrado como un ritual, siendo necesario participar en él para formar parte del grupo y vincular con los iguales (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010).

Al ser el grupo una parte tan central en la vida de cualquier adolescente, las creencias que tenga el grupo serán las que más influyan al individuo (Pérez Pedraza et al., 2021).

El consumo suele comenzarse para afianzar la relación de intimidad del grupo, pero luego se pasa a consumir por evitación. En esta segunda etapa es en la que el adolescente tiende a juntarse con otras personas que consumen (Alfonso et al., 2009).

A pesar de los problemas que puede presentar un grupo consumidor, lo más peligroso para un adolescente es la falta de grupo, es decir, el aislamiento (Ovejero Bernal, 2000).

Mesosistema

En muchos casos los valores sociales fomentan la adopción de una actitud permisiva ante el consumo tanto por parte del adolescente como por parte de su familia y amigos (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010). Esta permisividad se ve en los rituales de consumo existentes en los grupos adolescentes.

La regulación y el buen ambiente familiar mitiga los efectos del modelado que tienen las relaciones con otros adolescentes (en el grupo y en el colegio), pero si la regulación la ejerce el grupo, los efectos del modelado de los compañeros del colegio aumentan. Además, los efectos del modelado del grupo son mayores a mayor estrés y consumo familiar (Ennet et al., 2008).

Una pobre vinculación familiar lleva a entrar en un grupo en el que se consume y al final al consumo del propio adolescente (Ennet et al., 2008). A menor supervisión familiar, mayor probabilidad de que el adolescente busque el apoyo emocional en el grupo (Pourmovahed et al., 2021).

De forma similar, un mal clima escolar facilita la búsqueda de grupos que participen en actividades más delictivas como la ingesta de alcohol. El clima mejora si los padres participan y se involucran con el colegio (El Zaatari y Maalouf, 2022).

Persona

Las creencias que tenga el individuo sobre el consumo afectarán a la probabilidad de que beba alcohol. Las más relevantes son: qué cree que no puede hacer sin estar bajo sus efectos, la probabilidad que tienen de volver a beber, lo que tendría que pasar para que esto sucediese y qué le otorga consumir (Pérez Pedraza et al., 2021). La mayoría bebe porque creen que les ayuda a pasárselo mejor o a evitar los problemas, por lo que, si su necesidad de disfrute y felicidad está satisfecha, hay menos probabilidades de que beban (de la Villa Moral Jiménez & Ovejero Bernal, 2010; Pérez Pedraza et al., 2021).

Los adolescentes bebedores apenas son conscientes del daño que produce el alcohol (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010) o, a pesar de serlo, subestiman su propia vulnerabilidad (Espada Sánchez et al., 2008). Aun siendo conscientes, no consideran que su consumo sea abusivo y/o les parece que la diversión prima sobre el peligro (Pérez Pedraza et al., 2021). Cuanto antes comience su consumo, más probable es que se mantenga (Alfonso et al., 2009).

Tienden a caer en varios sesgos atributivos como el de falsa unicidad o el de falso consenso que afectan a esta percepción de riesgo. El primero consiste en pensar que hay mucha más gente que se salta la norma, en este caso no beber siendo menor, de la que realmente lo hace. El segundo, de falso consenso, implica que el adolescente sobreestima

la cantidad de personas que se comportan y piensan como él (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010).

A esta forma de razonar hay que añadir los efectos neurobiológicos del alcohol, que afecta principalmente al córtex prefrontal. Estos efectos son más severos si el consumo comienza antes de los 15 (Nicholls, 2011).

Elevados niveles de autoestima y autoeficacia se han mostrado como factores de protección ante el consumo (Noh-Moo et al., 2021), mientras que los de impulsividad, búsqueda de popularidad (da Silva Tabuyo y Martí del Moral, 2021) y búsqueda de sensaciones (Alfonso et al., 2009) son factores de riesgo.

La autoestima nace de la valoración de un “otro” y tiene gran influencia sobre los factores de riesgo y protección (Ciancaglini, 2019). Si la autoevaluación que hace de sí mismo es positiva, contará con los recursos y herramientas necesarios para afrontar las dificultades (Noh-Moo, 2021), no teniendo que recaer en el consumo para evitar sus problemas. El uso desinhibitorio del alcohol es una de las razones más habituales para continuar consumiendo (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010). Además, el sentimiento de incapacidad que tienen muchas de las personas antes de consumir, desaparece bajo los efectos del alcohol (González Guerras, 2020). Si no existe esta sensación de impotencia, es más probable que tenga una alta autoestima, lo que implica mejor expresión y comunicación de las emociones y sentimientos positivos de uno mismo y la construcción de una resistencia ante las presiones sociales, por lo que será más difícil que comience a beber (de la Villa Moral Jiménez y Ovejero Bernal, 2010).

Por eso, los adolescentes acudirán menos al consumo si cuentan con las habilidades sociales adecuadas (Gonzálvez et al., 2014). También se encuentran como factores de protección un locus de control interno y una buena tolerancia a la frustración (Alfonso et al., 2009).

En variables de naturaleza más biológica encontramos la nacionalidad y el género. Los adolescentes inmigrantes que deben pasar por procesos de aculturación son más vulnerables. Usualmente son los hombres de este colectivo los que tenderán a encontrar la integración a través de conductas de riesgo como el consumo de alcohol (Meneses Falcón et al., 2018). En cuanto al género, las mujeres no solo son más vulnerables a los efectos fisiológicos del alcohol, sino que sufren mayor estigmatización y aislamiento social cuando desarrollan la adicción – debido a que se espera que sigan las reglas sociales

de buen comportamiento. También tienen, las adolescentes en general, una autoestima menor, que, como ya se ha señalado, afecta a la probabilidad de consumo (Rueda Aguilar y Monreal Gimeno, 2012). Y, aunque va implícito en todo el trabajo, la adolescencia es el período más vulnerable al desarrollo de una adicción (Ciancaglioni, 2019; Alfonso et al., 2009). Cuanto antes comiencen a consumir, más riesgo hay de que se vuelvan dependientes del alcohol (Pérez Pedraza et al., 2021).

Mientras que, mirando los trastornos psicológicos más relacionados con la adicción, destacan la depresión, el psicoticismo, las ideas paranoides, la ansiedad, la obsesión-compulsión (Crespo Linares, 2014) y la personalidad antisocial (González et al., 2014). Existe una relación entre el desajuste psicológico, una baja autonomía emocional y conductas problemáticas como el consumo de drogas (Oliva y Parra, 2001).

Lo más importante en esta etapa son las necesidades que tiene el adolescente: autonomía y pertenencia, muy relacionadas con las respuestas de su entorno (Nicholls, 2011). Si no se satisfacen de forma correcta, el adolescente encontrará otros medios, como las drogas, para gratificarlas (Ciancaglioni, 2019). Al tener problemas con la búsqueda de identidad, pierde confianza en sí mismo, por eso busca la nueva identidad en el exterior (Ovejero Bernal, 2000). Debe tenerse en cuenta que la exploración de las drogas y sus efectos, si se realiza con fines de experimentación, es una parte natural y saludable del proceso de individuación y búsqueda de personalidad (Alfonso et al., 2009).

Asimismo, la tarea de individuación se logrará más fácilmente si las anteriores fueron superadas con éxito (Ciancaglioni, 2019). Un apego seguro se relaciona con mayor resiliencia, mientras que un apego inseguro, con mayor dependencia al alcohol. Los adolescentes con apego ansioso utilizan el alcohol para reducir el efecto de las emociones negativas, pero los que tienen apego evitativo buscan aumentar los efectos de las positivas. Los trastornos psicológicos que correlacionan con la adicción se dan más en personas con apego inseguro (Crespo Linares, 2014).

Discusión

Llamamos pseudoindividuación al proceso por el cual un adolescente, al tener dificultades en el proceso de individuación, busca otra manera de satisfacer sus necesidades de pertenencia y autonomía, generalmente separándolas. Resuelve la necesidad de sentirse identificado e incluido con su grupo de iguales, y la de diferenciarse

y ser su propio individuo con la familia, de esta forma evita posibles conflictos y expulsiones de su grupo de amigos.

Al ser una parte tan fundamental de la cultura, en muchos de estos grupos existen rituales de consumo a los que debe adaptarse el adolescente. La permisividad social y el consumo familiar, al normalizar el consumo, facilitan su aceptación y participación en esta actividad.

Entre los factores de riesgo que se han encontrado en la revisión, priman los problemas familiares, como la sobreprotección o el conflicto intrafamiliar, que reducen la vinculación entre los miembros del sistema. Los problemas de comunicación se relacionan con una falta de recursos para expresar sus sentimientos y afrontar los problemas, volviendo al alcohol un recurso indispensable para lograrlo.

El modelaje, en cualquiera de los niveles ecológicos, modula la conducta de consumo en función de los hábitos y costumbres de las figuras de referencia, teniendo el mejor amigo y el padre un rol especialmente instigador de la conducta. La imitación del modelo se impulsa por una búsqueda de aceptación y de inclusión especialmente fuerte durante la adolescencia.

Los medios de comunicación, que también sirven como referente, rara vez promueven la abstinencia, prefiriendo mostrar un estilo de vida glamuroso y deseable relacionado con el consumo de alcohol.

En cuanto al propio adolescente, sus creencias acerca del consumo y su nivel de autoestima son los mayores predictores de su consumo.

Actualmente esta problemática tiene especial importancia debido a la alta tasa de adolescentes consumidores, siendo la media de edad de comienzo los 14 años (OEDA, 2021) y el daño por el consumo mayor cuanto antes se comience. Se potencia el consumo por la disponibilidad y facilidad de obtención de la bebida, habiendo en España alta disponibilidad y baja dificultad.

Finalmente, no solo tienen la sustancia efectos severos a nivel fisiológico, sino que una relación simbiótica con la bebida durante la adolescencia causa grandes dificultades para el desarrollo de la personalidad individual. Estos problemas repercuten en la consecución de los logros de las etapas posteriores, como pueden ser la emancipación o la creación de una familia.

Conclusión

Por cómo funciona la sociedad española, muchos grupos cuyos miembros se encuentran en este periodo de edad tienen como costumbre el consumo de drogas, especialmente alcohol y cannabis (de la Villa Moral Jiménez & Ovejero Bernal, 2010). Para poder encajar con el grupo, el adolescente comienza a consumir (Ovejero Bernal, 2000).

El uso que hace del alcohol (busca reparar lo que le falta y obtener beneficios sociales), así como los efectos neurobiológicos del mismo, facilitan que acabe desarrollando una adicción (Ovejero Bernal, 2000; Sánchez-Hervás et al., 2002).

Se le llama pseudoindividuación, pues, aunque se ha alejado del núcleo familiar, no ha desarrollado su propia identidad, sino que se ha fusionado con la sustancia (González Guerras, 2020).

Desde la sistémica, entienden esta dificultad de separación desde una adaptación a las demandas del sistema familiar a medida que avanzan las etapas. Si prima el conflicto o sigue intentando funcionar como lo hacía antiguamente, el rol del consumidor es imprescindible para mantener este funcionamiento (Nicholls, 2011).

Comentado [JMB1]: No entiendo esta frase

Mientras que, desde el psicoanálisis, se centran en la identificación que debe realizar el infante con sus progenitores y la consecuente separación del adolescente. Si la madre invade su espacio de separación, no podrá lograrlo y recurrirá al alcohol para su consecución (Corcos, 2017).

Para el conductismo, se entiende como una cuestión de aprendizaje. El adolescente aprende a evitar o afrontar sus problemas mediante la bebida y obtiene recompensas sociales bajo sus efectos, haciendo más frecuente la repetición de la conducta (Ennet et al., 2008; Sánchez-Hervás et al., 2002). También entran en juego las recompensas neurológicas del etanol y sus efectos en el cerebro (Li, et al., 2013).

La configuración de sistemas varía entre personas, por lo que este trabajo se basa en generalizaciones. Para aplicarlo a un caso concreto, habría que adaptarlo a la persona y su entorno específico. Esto abre la puerta a aumentar el número de variables, sistemas y factores presentes en cada caso.

Aun así, como medidas generales podría establecerse intervenciones desde varios sistemas. A un nivel macro, que repercutiría en todos los demás, sería importante reducir

la disponibilidad de la sustancia, por ejemplo, subiendo los precios, (Pons y Buelga, 2011) y controlar la información de los medios de comunicación, intentando cambiar la imagen social del alcohol.

Ciertas intervenciones desde los colegios, no solo enfocados en el alcohol, sino también en la integración y la relación padre-profesor, amortiguarían los efectos negativos sobre el consumo de estas instituciones.

Podría ofrecerse a los jóvenes alguna alternativa de localización de reunión en ausencia de la sustancia, pero que les suscitase un interés similar. En mi experiencia personal, la mayoría de jóvenes queda en algún parque o sitio al aire libre hasta que tienen la edad suficiente para ir a un bar, en parte debido a su abundante presencia y ausencia de gastos de entrada.

Al ser la familia el factor más importante, tanto por sus efectos directos como indirectos, habría que prestarle especial atención. Es importante ayudar a las familias a mejorar la vinculación y comunicación, pues de esta forma los hijos tendrían mayores recursos para explorar y crecer en esta etapa de vulnerabilidad e incertidumbre que es la adolescencia. Además, se mejoraría el impacto sobre la autoestima del menor, que me parece que es la que lleva al adolescente a comenzar el consumo en un primer momento, pues se relaciona con la creencia de que sus habilidades sociales solo le permitirán la inclusión en el grupo si está bajo los efectos de la droga.

Por otra parte, al haber más probabilidad de desarrollar un Trastorno por Consumo de Alcohol cuanto antes comience este consumo, hay que concentrar esfuerzos en retrasar la edad de inicio. Podría enfocarse tanto a nivel social, como comunitario o familiar.

Como ya se ha indicado, este trabajo hace una revisión general por cada uno de los sistemas, pero pone una base para la adaptación a casos individuales y abre ciertos puntos de interés para nuevas investigaciones que traten de buscar soluciones a los diferentes problemas y conflictos. Ante el individualismo global en el que vivimos, es imprescindible trabajar en cooperación e incluir a la comunidad en las intervenciones, manteniendo así presente las estructuras del exosistema.

Bibliografía

- Alfonso, J. F., Huedo-Medina, T. B., & Espada, J. P. (2009). Factores de riesgo predictores del patrón de consumo de drogas durante la adolescencia. *Anales De Psicología*, 25(2), 330-338. <https://digitum.um.es/digitum/bitstream/10201/14447/1/84681.pdf>
- Armendáriz-García, N. A., Peña Rodríguez, R. S., López García, K. S., López Cisneros, M. A. & Rodríguez Puente, L. A. (2019). Comunicación familiar de padres e hijos y consumo de alcohol en adolescentes. *Revista Española de Drogodependencias* 44(3), 27-39.
- Aronson, E., & Escohotado, A. (2000). *El animal social*. Alianza Editorial.
- Asociación Americana de Psiquiatría (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM-5), 5a Ed.
- Bronfenbrenner U. (1987). *La ecología del desarrollo humano, experimentos en entornos naturales y diseñados*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Ciancaglini, L. (2019, 30 marzo). *Tanteos teóricos: orígenes de las adicciones*. Colaboraciones - ElSigma. <https://www.elsigma.com/colaboraciones/tanteos-teoricos-origenes-de-las-adicciones/13571>
- Corcos, M. (2017). Los avatares de la ausencia: las conductas de dependencia en la adolescencia. *Revista de Psicoanálisis*, 79, 143-171.
- Crespo Linares, M. M., Girón García, S., Martínez Delgado, J. M. & O'Ferrall González, C. (2014). Apego adulto y comorbilidad psiquiátrica en pacientes alcohólicos. *Revista Mosaico de la Federación Española de Asociaciones de Terapia Familiar*, 51-70.

- da Silva Tabuyo, I. y Martí del Moral, A. (2021). Efectos del consumo de alcohol por atracones en el cerebro adolescente. *Revista Española de Drogodependencias*, 46(4), 14-28. <https://doi.org/10.54108/red.2021.46.04.001>
- de la Villa Moral, M., & Ovejero, A. (2011). Consumo abusivo de alcohol en adolescentes españoles: tendencias emergentes y percepciones de riesgo. *Universitas Psychologica*, 10(1), 71-87.
- El Zaatari, W., & Maalouf, I. (2022). How the Bronfenbrenner Bio-ecological System Theory Explains the Development of Students' Sense of Belonging to School? *SAGE Open*, 12(4). <https://doi.org/10.1177/21582440221134089>
- Ennett, S. T., Foshee, V.A., Bauman, K. E., Hussong, A., Cai L., Reyes McNaughton, H. L., Faris, R., Hipp, J., & Durant, R. (2008). The social ecology of adolescent alcohol misuse. *Child Development*, 79(6), 1777-1791. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2008.01225.x>
- Espada Sánchez, J. P., Ramón Pereira, J. & García-Fernández, J. M. (2008). Influencia de los modelos sociales en el consumo de alcohol de los adolescentes. *Psicothema*, 20(4), 531-537.
- González Guerras, J. (2020). Un acercamiento intersubjetivo a las adicciones desde la neurobiología, la teoría del apego, la psicología del Self y la psicoterapia relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 14(1), 77-90. <https://doi.org/10.21110/19882939.2020.140105>
- González, M. T., Espada Sánchez, J. P., Guillén Riquelme, A., Orgilés Amorós, M. (2014). ¿Consumen más drogas los adolescentes con déficit en habilidades sociales? *Revista Española de Drogodependencias*, 39 (4), 14-28.

- Gracia Pastor, J., Josa Lázaro, C., & Montesa Lou, B. (s. f.). *Comunidad terapéutica y familia*. Fundación Centro Solidaridad Zaragoza. Recuperado 2 de enero de 2023, de <https://www.fundacioncsz.org/ArchivosPublicaciones/64.pdf>
- Li, C., McCall, N. M., López, A. J. & Kash, T. L. (2013). Alcohol effects on synaptic transmission in periaqueductal gray dopamine neurons. *Alcohol*, 47(4), 279-287. <http://dx.doi.org/10.1016/j.alcohol.2013.02.002>
- Magallares Sanjuan, A. (2011). Exclusión social, rechazo y ostracismo: principales efectos. *Psicología.com*, 15.
- March Cerdá, J. C., Martín Barato, A., López Doblas, M., Luque Martín, N. & Prieto Rodríguez, M. A. (2014). La publicidad de bebidas alcohólicas en España y su repercusión en la población adolescente. *Revista española de drogodependencias*, 4, 59-76.
- Marcos Sierra, J. A., & Garrido Fernández, M. (2009). La Terapia Familiar en el tratamiento de las adicciones. *Apuntes de Psicología*, 27(2-3), 339-362.
- Martínez-Manrique, L., Berasaluce, M., Sureda, X., & Sandín Vázquez, M. (2022). Gender matters: identity, risk perception and preventive interventions for alcohol consumption among adolescents using a qualitative approach. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 19(24). <https://doi.org/10.3390/ijerph192416435>
- Meneses Falcón, C., Charro Baena, B., Uroz Olivares, J., & Prieto Ursúa, M. (2018). Consumo de alcohol de los adolescentes en Madrid: la influencia de la identidad étnica latinoamericana y nacional española. *Revista Española de Drogodependencias*, 43(3), 68-82.
- Muñoz-Rivas, M. J. & Graña López, J. L. (2001). Factores familiares de riesgo y de protección para el consumo de drogas en adolescentes. *Psicothema*, 13(1), 87-94.

- Nicholls, E. (2011). Proceso de individuación en adolescentes con consumo problemático de drogas desde la mirada sistémico relacional. *De familias y terapias*, 20(31), 9-25.
- Noh-Moo, P. M., Ahumada-Cortez, J. G., Gámez-Medina, M. E., López-Cisneros, M. A., & Castillo-Arcos, L. D. C. (2021). Autoestima, autoeficacia y consumo de alcohol en adolescentes de preparatoria. *Health and Addictions*, 21(1), 216-229. <https://doi.org/10.21134/haaj.v21i1.565>
- Observatorio Español de las Drogas y las Adicciones, Ministerio de Sanidad. (2021). *Monografía Alcohol 2021: consumo y consecuencias, 2021*. https://pnsd.sanidad.gob.es/profesionales/publicaciones/catalogo/catalogoPNSD/publicaciones/pdf/2021_Monografia_Alcohol_consumos_y_consecuencias.pdf
- Oliva, A. & Parra, Á. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y aprendizaje*, 24(2), 181-196.
- Ovejero Bernal, A. (2000). La adicción como búsqueda de identidad: una base teórica psicosocial para una intervención eficaz. *Psychosocial Intervention*, 9(2), 199-215.
- Pérez Pedraza, B. D. L. N., Mendoza Trejo, C., López Rodríguez, D. I., & Molina Coloma, V. A. (2021). Creencias sobre las drogas: diferencias según su consumo en adolescentes. *Psicología y Salud*, 32(1), 115-123. <https://doi.org/10.25009/pys.v32i1.2718>
- Perry, C. L., Kelder, S. H., & Komro, K. A. (1993). The social world of adolescents: Family, peers, schools, and the community. In S. G. Millstein, A. C. Petersen, & E. O. Nightingale (Eds.), *Promoting the health of adolescents: New directions for the twenty-first century* (pp. 73–96). Oxford University Press.

- Pons, J., & Buelga, S. (2011). Factores asociados al consumo juvenil de alcohol: una revisión desde una perspectiva psicosocial y ecológica. *Psychosocial Intervention*, 20(1), 75-94. <https://doi.org/10.5093/in2011v20n1a7>
- Pourmovahed, Z., Mazloomi Mahmoodabad, S. S., Yassini Ardekani, S. M., Zareei Mahmoodabadi, H., Tavangar, H., Kaviani, M., Salehi-Abargouei, A., Bakhshani, N. M. & Akbarian, S. A. (2021). Family Structure in Association with Alcohol Use Among Adolescents: A Systematic Review and Meta-analysis. *International Journal of High Risk Behaviors and Addiction*, 11(1). <https://doi.org/10.5812/ijhrba.112404>
- Ramirez, J. J., Olin, C. C., & Lindgren, K. P. (2017). Resolving an identity crisis: Implicit drinking identity and implicit alcohol identity are related but not the same. *Addictive Behaviors*, 72, 41-44. <https://doi.org/10.1016/j.addbeh.2017.03.014>
- Robbins, T. W., Ersche, K. D., & Everitt, B. J. (2008). Drug addiction and the memory systems of the brain. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1–21. <https://doi.org/10.1196/annals.1441.020>
- Romo Avilés, N., García Carpintero, M. A., & Pavón Benítez, L. (2019). Not without my mobile phone: alcohol binge drinking, gender violence and technology in the Spanish culture of intoxication. *Drugs: Education, Prevention and Policy*, 27(2), 154-164. <https://doi.org/10.1080/09687637.2019.1585759>
- Rueda Aguilar, E. F., & Monreal Gimeno, M. C. (2012). Consumo de sustancias en la adolescencia: un análisis de las diferencias desde el punto de vista psicosocial. IV Congreso Universitario Nacional Investigación y Género, 1831-1853.
- Sánchez-Hervás, E., Molina Bou, N., Del Olmo Gurrea, R., Tomás Gradolí, V., & Morales Gallús, E. (2002). Modelos teóricos y aplicados en la adicción a drogas. *Información Psicológica*, (80), 51–59.

Schmidt, V; Messoulam, N; Abal, F; & Molina, F. (2004). Consumo de alcohol en adolescentes: su relación con factores familiares y escolares. *Anuario de investigaciones en psicología*, 11, 359-369.

Srivastava, S., Kumar, P., Paul, R., & Dhillon, P. (2021). Does substance use by family members and community affect the substance use among adolescent boys? Evidence from UDAYA study, India. *BMC Public Health*, 21. <https://doi.org/10.1186/s12889-021-11911-5>

Suárez Relingue, C., del Moral Arroyo, G., Musitu Ochoa, G., & Villarreal Gonzáles, M. E. (2013). Medios de comunicación y consumo de alcohol en adolescentes: ¿qué dicen los expertos? *Health and addictions: salud y drogas*, 13(2), 99-108.